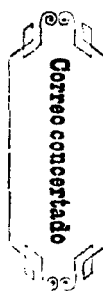


EL CASTELLANO



CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción y venta.

Toledo. D. Elías Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Se publica los sábados.

Redacción y Administración:

Núñez de Arce, 7, 2.º, dcha.

Suscripción.

Un año.....	3,00 pesetas
Número suelto.....	0,10
Idem atrasado.....	0,16

Pago adelantado.

Causas de la muerte de Cristo.

No tratamos de las causas últimas definidas y decretadas en los divinos consejos, según los cuales debía morir el Hijo de Dios hecho hombre, para salvar y redimir á sus hermanos los restantes hombres.

Queremos hablar de las causas próximas, de los motivos humanos que produjeron aquella muerte, el mayor crimen de los siglos. ¿Cuáles fueron? ¿Es posible que hubiera alguna causa, algún motivo que impulsara á los judíos á quitar la vida á la Vida? ¿No tiene esto el carácter marcado de una enorme paradoja? Así parece á primera vista.

Pero una cosa es hablar de causa y otra muy distinta hablar de razón ó de causa racional. Sería horrenda blasfemia pensar que hubiera ó pudiera haber alguna razón para quitar la vida, después de haberle hecho sufrir tormentos indecibles, al hijo de Dios. No hubo, pues, razón, pero si hubo causas para que las tinieblas no comprendieran la Luz, y trataran de apagarla, y creyeran haberla apagado quitando la vida al Hijo de la Virgen.

Apenas había aquél nacido, y ya le buscaron para prenderle, según lo testifica S. Mateo, no solamente Herodes sino otros con él, como deduce S. Jerónimo de la frase evangélica: «Han muerto los que buscaban la vida del Niño.» Y aquí pudiéramos hacer la reflexión que hacía Tertuliano á los gentiles: «Fijaos bien, les decía, que se necesitó la existencia de Nerón para que comenzara la persecución de los cristianos.» Así también se necesitó la existencia de un Herodes, matador de sus mujeres y de sus hijos, para que comenzara la persecución á muerte contra la inocencia encarnada. De este Herodes dijo con gracia su amigo Augusto «que era mejor ser puerco suyo, que hijo», aludiendo á la ley judía que prohíbe comer carne de cerdo, y por eso no los matan, como hizo Herodes con sus hijos.

¿Y por qué Herodes persiguió de muerte á Jesús? Una pasión humana fué la causa de aquella enorme carnicería de niños inocentes; la ambición por conservar el trono usurpado á los Asamoneos, esa fué la causa.

Comenzó Jesús su vida pública y pasó haciendo bien á todos sus conciudadanos, enseñándoles y curándoles todos sus padecimientos de alma y de cuerpo; y paralela con esta acción bienhechora del Hijo de María iba desarrollándose y creciendo la envidia del fariseísmo, el escribismo y el saduceísmo de los judíos, que no cesaban de ponerle asechanzas, para ver de poder cogerle en algún renuncio contra la ley, contra Dios y contra el César.

Le acusaban de violar la ley, porque curaba en sábado; y cuando les respondía que también ellos llevarían en sábado á sus pollinos al abrevadero, sin creerse violadores de la fiesta, ó les levantaban si caían, no sabían qué responder.

Le acusaban de blasfemo, porque se llamaba Hijo de Dios; y al probarles que lo era con el testimonio del mismo Dios, de las Escrituras y de sus obras maravillosas, cogían piedras para arrojárselas; respondiéndole con su acostumbrada mansedumbre: «Muchas buenas obras hice en obsequio vuestro, ¿por cuál de ellas queréis apedreame?»

Con objeto de hacerle odioso al pueblo,

que se resistía á pagar el tributo á los romanos, preguntáronle si era lícito pagar el censo; y El, después de haber pedido un denario, que era la moneda impuesta á cada individuo, y de haberles preguntado de quién era el busto y la leyenda de aquella moneda, pronunció aquella sentencia divina equivalente á un tratado de derecho público: «Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios».

Viendo, pues, que todos le seguían y que ellos nada adelantaban con su oposición, arrojaron la careta y por la boca del Pontífice saduceo, esto es, materialista, dijeron: «Este hombre hace muchas maravillas.... y es necesario que muera», siendo tan público

y del cuerpo de los hijos de Adán; ella pasa por el mundo haciendo bien y curando todos los oprimidos por el diablo, ella puede tomar para sí lo que pone en boca de Jesús el Viernes Santo: «Pueblo mío, ¿qué te he hecho? ¿ó en qué te he contristado? respóndeme.»

¿No fué la Iglesia la que educó la Europa entera, y después de la Europa llevó la civilización á las demás partes del mundo? ¿No fué la Iglesia quien formó esa misma Europa civil haciéndola salir rozagante de entre las ruinas de la barbarie? Y con respecto á nosotros, los españoles, ¿no fué ella la que estorbó que lleváramos turbante en la cabeza y babuchas en los pies? Pues ¿por qué se la persigue? ¿De dónde viene ese odio salvaje

á crueles azotes destrozado, y sobre el duro suelo caído con la Cruz por tu pecado.

Por tu pecado, sí, que Él inocente no hizo sino sembrar del bien las flores, tender su mano al misero indigente, vertiendo en sus dolores el más puro y mejor de los amores.

La turba miserable sin compasión le hierde; del divino Jesús la sangre quiere, y con odio implacable la libertad de Barrabás prefiere.

En su larga agonía, en su amarga pasión sufrido calla. ¿Y lloras tú, alma mía, y te quejas si en la áspera batalla de la vida el dolor su hiel te envía?

¿No sabes que Jesús es tu modelo, lirio precioso que entre espinas crece? ¿Que su espléndido Cielo violencia padece y sólo como premio te se ofrece?

Sufre, pues, resignada y hasta alegre, el dolor que regenera, pues lo quiere tu Bien, alma apenada; la Cruz es tu bandera, con ella ama el vivir, sin ella nada.

S. ORTEGA MONTEALEGRE



Entrada de Jesucristo en Jerusalén.

el odio con que le distinguían, que llegó á conocimiento del presidente romano, quien no se recataba de decir que le habían entregado por envidia, la más baja de las humanas pasiones.

Ahora bien, si en el madero verde hicieron esto, ¿qué harán con el leño seco? Si al Maestro persiguieron de un modo tan inicuo, ¿por qué se extrañan los discípulos de que hagan con ellos otro tanto? ¿No nos previno con tiempo el Salvador cuando nos dijo: «Si á Mí me persiguieron, también os perseguirán á vosotros; si guardaron mi palabra, también conservarán la vuestra?»

Mas no por eso es menos odiosa la persecución que en todos tiempos, y más principalmente hoy, sufre la Iglesia santa; puesto que los mismos motivos que impulsaron á los judíos contra Jesús, impelen hoy á los perseguidores de la Iglesia contra esta esposa del Cordero, que continúa en la tierra la misión que El trajo del cielo, esto es, las pasiones humanas más ignobles.

Ella, como su divino fundador, enseña á los hombres la verdad y atiende cual madre cariñosa á todas las necesidades del espíritu

que se va difundiendo entre los españoles contra la Iglesia y cuanto con ella se relaciona, puesto que á ella, solamente á ella, debemos lo que somos y lo que valemos?

La Iglesia saldrá triunfante de la actual persecución, como salió de las anteriores, como salió Cristo resucitado del sepulcro; pero ¡ay de sus perseguidores! Y puesto que son hermanos nuestros, al mismo tiempo que resistimos su injustísima persecución, digamos al Padre con las palabras de su Hijo y nuestro Hermano mayor: «Padre, perdónales que no saben lo que hacen».

Ramiro F. VALBUENA.

La Cruz.

Por angosto sendero que trepa del Calvario hasta la cumbre sube el manso Cordero en medio de enemiga muchedumbre con la carga oprimido de un madero.

Alma mía, es tu Dios, el Rey del cielo, por tu bien encarnado,

Páginas del Evangelio.

Nonis á dextris et unus á sinistris. (Matth.-XVII-38).

EL Evangelio no es de ayer; es, como Dios, siempre antiguo y siempre nuevo; es, como JESUCRISTO, de ayer, de hoy y de todos los siglos: *Jesucristus heri et hodie, Ipse et in sæcula*: es como la palabra de Dios, que no envejece nunca; porque todo, hasta los cielos y la tierra, pasará, pero la palabra de Dios siempre vivirá con divinos alicantos de eterna juventud.

Y acontece, en efecto, que el que se ha enfrascado en la lectura y meditación del Evangelio, sabe leerle después, no solamente en las páginas que los evangelistas escribían, sino en las páginas elocuentísimas de la vida de la Iglesia, de los santos y de los pecadores, de los perseguidores y de los infieles. Todos los días y en todos los tiempos se retrata allí el Evangelio en millares de copias vivas, copias espléndidas, sublimes y trágicas; ó apacibles, dulces y risueñas. La mágica luz de todos estos cuadros que diariamente pueden contemplar nuestros ojos, es la misma luz que encendió el Espíritu Santo para siempre en las divinas páginas del Evangelio. Y á cuento de las infinitas armonías y consonancias evangélicas, pudiera decirse que el Evangelio es la letra de la palabra de Dios, pero que la historia de la Iglesia y de las almas es la música divina con que se canta dignamente aquella letra.

Y basta y sobra lo dicho para escribir el prólogo de las dos historias que se siguen; historias entresacadas de los centones y millones de historias que podrían contarse como comentario al texto con que estos apuntes se encabezan. Lo mismo podría hacerse (y la tarea sería siempre interminable) con todos los demás textos evangélicos.

I El de la izquierda.

Cuéntase en la historia de las correrías apostólicas del gran Duque de Gandía, San Francisco de Borja, que habiendo entrado en una de las principales ciudades de España (la cual ciudad no menciona el Cardenal

Cienfuegos, por respetos para con la noble familia del difunto de quien vamos a hablar), dijéronlo al santo que se hallaba en trance de muerte en aquella ciudad un caballero, igualmente conocido en ella por los blasones de su gran casa que por los escándalos de su vida, y el cual se obstinaba con entereza verdaderamente diabólica en morir impenitente.

Encomendó San Francisco fervorosamente a Dios aquella alma; y el mismo Crucifijo, ante el cual oraba el Santo, levantó la cabeza y le dijo al Duque con voz suave:

«Francisco: ve a visitar a ese enfermo, que yo asistiré visiblemente contigo en traje de médico mientras tú le persuades a que se confiese».

Aquí cuenta largamente el Cardenal Cienfuegos cómo el santo cumplió la orden de JESUCRISTO, y cómo en el caballero impenitente no hicieron mella ni la visita de JESUCRISTO disfrazado ni las exhortaciones del Duque de Gandía.

El cual, restituido a su aposento, y prostrado otra vez delante del mismo Crucifijo milagroso, oyó nuevamente a la sacratísima Imagen decir estas palabras:

«Para que echas de ver lo que te amo, lo que me mueve tu gemido, y cuánto deseo la salud espiritual de ese desdichado, llévame contigo y vuelve a casa del enfermo».

Así lo hizo el santo misionero, y empujando aquel elocuente Crucifijo (dice Cienfuegos) esforzó las persuasiones y el ruego, ofreciendo al enfermo el perdón y la felicidad eterna si se volvía confiadamente en aquella última hora hacia el Autor de la vida; cuya misericordia es el elemento de los pecadores (decía Borja) y primero faltará el aire para respirar un hombre en campo abierto que la piedad divina a un delincuente que con ansia la solicita. Mas aquel bárbaro corazón enfurecido con esta música, se tapaba las orejas hasta que se hizo estatua sorda como si se hubiese ya despedido el alma. Entonces ¡oh exceso portentoso! empezó a correr por las cinco llagas la sangre en el Crucifijo.... Bañábase en sangre la cuna, salpicando también la vista del enfermo para introducirle la verdad y la firmeza por los ojos, ya que recataba los oídos. Pero cegóse aquel desdichado con este prodigio que bastaría a enternecer un escorpión; y combatido de olas de sangre, parecía su corazón roca en el mar Bermejo....

Finalmente (y después de otro milagro que también relata el Cardenal Cienfuegos), irritado JESUCRISTO, desclavó el brazo derecho, y metiendo la mano en aquel seno prodigamente roto, sacó corraído con mucha sangre el puño, y la arrojó con indignación al denegrido rostro del enfermo, diciendo:

«Esta sangre que se derramaba para tu gloria, ya que la desprecias, sirva para tu condenación eterna.»

Y entonces, aquel desdichado, con un clamor pavoroso y blasfemo contra JESUCRISTO, despidió el alma en un gemido horroroso, y fué entregada a los infames ministros del fuego y del espanto.

II

El de la derecha.

El 30 de Abril de 1893, relataba la *Semana Católica*, de Madrid, el siguiente sucedido:

«Según referencia de la Superiora de un monasterio de salesas en los Estados Unidos, consignamos el siguiente suceso ocurrido recientemente en Nueva York:

«Un joven de mala vida y libertinas costumbres fué condenado por los tribunales, con motivo de sus fechorías, a dos años de cárcel. El mismo día en que cumplió la condena y quedó libre, fué herido mortalmente en una pendencia que tuvo con otros sujetos de su calaña.

«Los agentes de policía transportaron al herido al miserable casucho de su madre, donde la pobre mujer no pudo darle ni cama.

«Lo colocaron en el suelo, donde a pesar de la sangre que vertía, conservaba en su fisonomía el presidiario la expresión terrible de la cólera y la ferocidad. Su pobre madre, muy buena cristiana, le dijo sin más preámbulos:

«Muy malo estás; te mueres, hijo, y ya es tiempo de que pienses en tu alma.

«Injurias e imprecaciones obtuvo la madre por única respuesta; y aún aquel desgraciado quiso, con la mano que le quedaba libre, arrojar a su madre los objetos que tenía a su alcance.

«Comprendiendo la pobre irlandesa que sólo Dios podía convertir a semejante monstruo, miró a una estampa del Sagrado Corazón que tenía al pie del fementido locho, y se fué corriendo a la Iglesia. La única oración que pudo articular fué la siguiente:

«Señor: acuérdate de mi hijo en tu reino y no le dejes parecer para siempre.

«Y regresó a su casa la madre después de haber repetido muchísimas veces la oración del Buen Ladrón.

«Cuál no fué la sorpresa de la buena mujer al contemplar la fisonomía tranquila y celestial de su hijo que parecía un ángel!

«Madre, la dijo (por primera vez pronunciaba su desnaturalizado corazón esta dulcísima palabra) madre mía, la dijo ense-

ñándola el Sagrado Corazón, se me ha aparecido y me ha dicho: HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAISO.

«Tan súbita transformación excluyó toda duda.... Pocos momentos después un Sacerdote oía la confesión del moribundo; y tanto se conmovió, que llorando fué a buscar el Santo Viático, y dijo a la madre:

«Jamás he oído otra confesión semejante. Su hijo de Ud. estaba en éxtasis de contrición y ternura.

«El padre del moribundo llegó a la casa. Casi siempre que el padre y el hijo se veían, concluían por pegarse. La mujer le previno prudentemente que el hijo estaba mortalmente herido. El padre se aproximó a él, y quedó dominado por la expresión angélica y la mansedumbre con que su hijo, enseñándole el Sagrado Corazón, le dijo:

«Se me ha aparecido y me ha dicho: HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAISO. Ruéguele Ud. y le salvará.

«Y el padre comenzó a orar y a sentir pesadumbre por su vida criminal. Su hijo murió como predestinado, y él vivió después como buen cristiano, sosteniendo a su familia con su trabajo, y siendo modelo de buena conducta para sus vecinos.

«En cuanto a su mujer, era de tal temple su fe, que cuando se manifestaba admiración por este milagro, respondía como asombrada del asombro de los demás:

«Pues bien sencillo es: prometió el cielo a mi hijo.

ni Rey te crees, no siéndolo de los humanos amores; mudas la voz de los cielos, disonantes tus acordes, si en su concierto no escuchas gemidos de corazones; ni tienen para Ti encanto los luceros y los soles, si con sus rayos no hieren a ojos que se enamoran; ni te agradan sus esteras al desfilir tras sus móviles ante tu trono humilladas, si no ves allí nuestro Orbe.

Que si eres Rey, debes serlo del reino de los amores, que, siendo infinito, es digno de divinas pretensiones.

Sólo Tú del pensamiento mides al vasto horizonte, y del albedrío entiendes los misteriosos resortes.

Tú posees la estrategia de avasallar corazones, castillos inexpugnables, mundos que aún se desconocen.

Tú no riades como el mundo con estragos y hecatombes, ni como él, Tú nos cautivas con mentidas ilusiones.

En tu forma y hermosura

¡Qué de saetas que hieren y atraviesan corazones! ¡y qué de flechas que abrasan vuelan de ese Arco de amores!

Las piedras de amor se parten, de amor desplómase el monte, suspiran de amor los vientos, los mares de amor dan voces.

Todo el día está luchando, sea que el arco tenso afloje, mas Jerusalén escudos de pedernales le opondrá.

La aljaba tiene sin flechas y el Arco en sus brazos rompeas, y a su Señor en derrota á ocultar viene la noche.

¡Pero el Rey del Universo, Rey debe ser de los hombres, y una retirada finge para dar de gracia el golpe.

Libra dejándole el campo, todos huyen, y él entonces, flecha por Dios disparada, vuela hasta sus corazones.

¿Qué escudo opondrán sus manos, si dentro de ellas se enciende, y lucha y hiera y da muerte y vida y aspiraciones?

Por la reluciente lanza la sangre divina corre, y como fuego que abrasa y dardo de puntas dobles, á su contacto se inflama el Centurión y entre golpes de pecho: Tú eres el Hijo de Dios, clama á grandes voces.

Venciste, Rey de los reyes, cielos y tierra te loen, tuyo por ley de conquista es el Amor de los hombres.

Abra el mundano su pecho al amor que hiere y corrompe, Tú, hiéreme, Amado mío, Blanco soy de tus Amores.

Serapio LISO Y ESTRADA

Carranque 5-IV-9.

La Crucifixión.

Camino del Calvario.

SERÍA próximamente la hora de medio día. Después de varias perplejidades y alternativas, Pilatos, acababa de pronunciar sentencia condenatoria contra Jesús de Nazareth. Luego añadió según la usanza común en tales procesos: *i, miles, expedi crucem; anda, soldado, prepara la cruz;* y de las cruces que con odiosa previsión acostumbraban los romanos tener siempre dispuestas para los malhechores, trajeron los soldados una que fué puesta inmediatamente sobre los hombros de Jesús. Había profetizado Isaias que el Señor llevaría sobre sus espaldas la señal de su grandeza: su profecía quedaba ya cumplida.

En torno del Salvador se había reunido apiñada multitud. Un centurión y varios soldados romanos eran los encargados de custodiarlo y darle muerte. Para acelerar más la hora del suplicio no recorrió la fúnebre comitiva las calles principales, sino que por la vía más corta se dirigió al sitio en que había de ser ajusticiado el Redentor de los hombres.

Quinientos ó seiscientos metros era el trayecto que se había de recorrer. Suponiendo cierta la tradición de que luego hablaremos sobre la longitud de la cruz, el peso de ésta se ha calculado aproximadamente en 100 kilogramos. Como el extremo inferior iba arrastrando sobre la tierra, puede calcularse en 25 á 30 kilogramos, lo que con esto disminuyó la carga del Salvador. Los 70 ó 75 kilogramos restantes eran todavía harto pesada carga para sus extenuadas fuerzas.

Suplicio de esclavo.

Una mujer, la reina Semiramis, inventó este género de suplicio, llamado por Cicerón *crudelissimum terribilisque supplicium*. Las civilizaciones romana y griega no creyeron deshonrarse adoptándolo como suplicio ordinario de los esclavos, *servile supplicium*. El ajusticiado permanecía en la cruz hasta morir de hambre y por agotamiento de sus fuerzas; solía por tanto vivir—si vivir era aquello—en la cruz varios días.

Según la ley de Moisés, un criminal podía ser decapitado, ahorcado, quemado ó apedreado, pero nunca crucificado, á no ser después de muerto para imponer al cadáver una suprema ignominia. Desde que los Romanos dominaron en Palestina, fué ya frecuente ver á los lados de los caminos numerosas cruces, en las que sediciosos y malhechores espaban sus malas hazallas.

Al condenar la jurisdicción romana á Jesucristo como enemigo del César, lo equiparó



«Gloria sea dada ahora y siempre al Corazón de JESUCRISTO, y gloria también al Buen Ladrón, que nos legó una oración tan fervorosa!»

J. MARÍN DEL CAMPO.

Mora de Toledo 3 de Abril de 1909.

Amor Crucifixus.

Tersubit arcum unum.
(Thren-3-12.)

Immortal Rey de los siglos
y Señor de los señores,
entre príncipes Monarca
y sólo Dios de los dioses;
cuyo trono es foco inmenso
de deslumbrantes fulgores,
que en el confín de los mundos
forman rutilantes orbes.

Tu munificencia cantan
y poderío millones
de luceros en su curso
y en la luz que de Ti absorben;
honor y gloria á tu imperio
y alabanzas á tu nombre
rinde en las nubes el águila
y elruiseñor en el bosque;
el baobab en el llano,
los líquenes en el monte,
en el mar las tempestades
y en la tierra los temblores.

Bajo tu cetro se inclinan
los celestes escuadrones,
tierra y mar, aires y estrellas...
sólo no se inclina el hombre.

Por eso tu mando olvidas,
y no gozas en tus goceas,

llevas, cual los tiradores,
flecharo divino, el cárcax
de tus saetas y arpones:
de ella son bello trasunto
los cielos tras que te escondes
para entusiarlos cual arco
á la esfera de los hombres;
mas ésta en su desvarío
se armó de escudos de bronce,
y á lucha, mi Dios amado,
su ingratitude provocóte.

Tú que no eres Rey, no siéndolo
de los humanos amores,
más cerca flechaste el arco;
pues bajaste hasta un monte,
donde se asoma tu Verbo,
más gracioso que, cion soles,
flecha y cárcax de las flechas
de tus bellas perfecciones.

En una Cruz ha extendido
sus brazos, y arco de amores,
por Ti entesado dispara
dardos de fuego á los hombres.

Flechas disparan sus ojos
de la compasión consortes;
flechas la boca que sólo
para bendecir abrióse;
flechas su frente do asoman
del Iris los arboles,
donde entre espigas punzantes
el Amor sus rosas ooge;
flechas sus pies y sus manos
que el Amor taladra y rompe;
flechas su manto de sangre,
al que dió el Amor colores;
flechas su herido Costado,
divino crisol en donde
dardos el Amor fabrica,
que funden pechos de bronce.

A los sediciosos vulgares, y hasta a los malhechores, entre dos de los cuales lo hizo crucificar. Así lo permitió Dios, que quería trocar en trono de majestad aquel patíbulo de ignominia.

Sobre el Gólgota.

La sentencia condenatoria se había pronunciado en el Pretorio, y desde allí mismo comenzó la marcha a lo largo de la Vía Dolorosa. Entre los romanos y los judíos, los malhechores eran siempre ejecutados fuera de la ciudad a los lados del camino y en las eminencias próximas. El lugar en que lo fué Jesucristo era una roca de pequeña altura conocida con el nombre de Gólgota, que en medio de un campo se elevaba, situada antiguamente fuera de la ciudad, pero comprendida hoy dentro de ella desde que Herodes Agrippa hizo ampliar el recinto de las fortificaciones de Jerusalén.

Gólgota, y más exactamente Golgota, significa el *cráneo*. Recibió este nombre de su forma redondeada, semejante a un cráneo, según explica S. Cirilo, ó más bien de los cráneos de los malhechores en aquel lugar ajusticiados? Más probable parece lo primero, ya que la ley de Moisés no permitía dejar insepultos en el lugar del suplicio los huesos humanos.

Es tradición judía que en aquel mismo sitio fué sepultado Adán. La tradición no carece de hondo simbolismo. Los artistas se han encargado de transmitirnos un recuerdo de ella, al colocar una calavera a los pies del Crucifijo.

Sobre la roca del Gólgota, encerrada hoy dentro de la Iglesia del Santo Sepulcro, fué levantada la Cruz del Salvador.

Forma de la Cruz.

La primitiva forma de la Cruz no podía ser más sencilla: un madero vertical ó un árbol, sobre el cual se ataba ó clavaba a la víctima (*crux acuta*). Después adoptó varias formas: unas veces la de X ó cruz de San Andrés (*crux decussata*), otras la de T (*crux patibulata ó commissa*) y otras, en fin, la de Cruz latina (*crux immisa*), consistente en un largo madero vertical atravesado hacia su extremo superior por otro más corto, destinado éste a sostener las manos, mientras que el extremo superior servía para colocar la inscripción en que constaba el nombre y el crimen del malhechor.

¿Cuál de éstas formas tenía la Cruz del Señor? La representación más antigua de la Cruz, el *graffito* hallado en el Palatino, perteneciente al siglo II, que representa una caricatura de Jesús, pintándolo con cabeza de asno, supone que fué ajusticiado el Redentor en una cruz en forma de T; pero la tradición constante la atribuye forma latina, la sola que responde a las comparaciones de los Santos Padres, antiquísimos algunos de ellos (como San Irineo y San Justino), que hallan símbolos de la Cruz en un pájaro volando, en un hombre en oración con los brazos levantados, en los cuatro puntos cardinales, etc. Esto mismo nos da a entender San Mateo con bastante claridad.

Suñtando al patíbulo.

La Cruz estaba ya levantada y fija en la peña, proyectando sobre ella fatídica sombra. Estaba preparado el altar, faltaba solamente la víctima. Suélese creer que Jesús fué extendido sobre la Cruz, clavado y después levantado en alto; también se practicaba esto; pero lo común y corriente era levantar primero la Cruz y luego, por medio de cordeles, subir al *crucifarius*, como llamaban al reo. Así pintó Rubens a Jesucristo en la Cruz. Unas veces se limitaban a sujetar al *crucifarius* con cuerdas, otras con bárbara crueldad, le clavaban las manos y los pies.

Hacia la parte media de la cruz se colocaba un asiento (*sedile*), que no era más que un palo fuerte clavado en el madero vertical, lo bastante saliente para que sobre él descansara el peso del cuerpo, impidiendo de esta manera que los músculos de las manos se desgarrasen. Los artistas, sin duda por razones de estética, han suprimido en sus cuadros este asiento; en cambio han añadido un sustentáculo (*suppedaneum*), en que se apoyan los pies; mas sin fundamento alguno en los monumentos antiguos.

Las cruces no solían ser muy altas, pues Suetonio refiere que algunas veces los reos eran devorados en la cruz misma por las fieras. Según la tradición, la Cruz de Jesucristo tenía unos 4,80 metros de alta y 2,80 ó 2,60 en el travesaño.

¿Tres clavos ó cuatro?

Omitamos la opinión del racionalista Strauss, que para dar una solución cualquiera a ciertas dificultades contra su descabellado sistema del *miticismo*, negó que el Señor hubiera sido clavado. Siete siglos antes de Jesucristo había desmentido ya el Profeta Isaias al incrédulo alemán: *Poderunt manus meas et pedes meos*. Lo atestigua también la tradición constante y universal, cuyos

más antiguos representantes son San Justino y Tertuliano.

En Occidente no prevaleció la costumbre de representar en las efigies del Señor los dos pies atravesados por un solo clavo. Esta costumbre no parece responder a la realidad. Para clavar los dos pies juntos hubiera sido necesario un clavo demasiado largo y grueso, que por fuerza habría fracturado algún hueso, contrariamente a lo que dice el Evangelista San Juan. La posición misma de los pies resulta violenta, así como resulta natural poniendo dos clavos. En Oriente siempre se representa el Crucifijo con dos clavos, uno en cada pie. Los monumentos de la Iglesia Occidental lo representan con uno ó dos, indistintamente, hasta el siglo XIII; desde entonces siempre con uno; pero si ponen debajo de los pies el *suppedaneum*, entonces ponen también dos clavos: así está el Cristo de Velázquez. Los Padres más antiguos suponen haber sido dos los clavos de los pies. Esta parece haber sido la costumbre, según se colige de aquellos versos de Plauto:

Ego dabo ei talentum primum qui in cruce excucurrerit Sed ea lege ut offigantur bis pedes, bis brachia.

La madera de la Cruz.

Según antigua creencia: *Pes crucis est cedrus, corpus tenet alta cypressus*. «Palma» manus retinet, titulo latatur «oliva».

ipsum, dice San Juan). Unas veces la llevaba un licitor del jefe del cortejo, otras las llevaba el reo colgado del cuello de manera que pendiese sobre las espaldas. Así la debió de llevar Jesucristo, ya que Pilatos carecía de licitores que la llevaran. Luego se colocaba en el extremo superior de la Cruz.

El *titulus* del Salvador lo dictó Pilatos mismo. Poco gustó a los judíos que el Procurador Romano proclamara la realeza de Jesús; mas Pilatos, acaso por vengarse de la bajeza que le habían obligado a cometer, no quiso cambiar una sílaba, imitando en esto a los Procónsules, cuyos decretos una vez publicados eran irrefractables: *quod scripsi, scripsi*. Para mayor publicidad, lo mandó escribir en tres lenguas: la latina, que era la oficial; la griega, para que lo entendieran los judíos de la dispersión, y la hebrea, ó mejor dicho siro-caldea, que era la del pueblo.

Se conserva un trozo del título en la basílica de Santa Cruz de Jerusalén, bastante carcomido ya por la polilla. La inscripción latina está escrita de derecha a izquierda a la manera oriental. Debía de tener todo el título unos 65 centímetros de ancho por 20 de alto.

A la sombra de la Cruz.

«Así habla el Señor: entonces yo tomaré un tierno ramo de la cima de un gran cedro y lo plantaré sobre una montaña de Israel,



Consumado el sacrificio.

Una hermosa leyenda dice que el *dlamo* tiene ese tinte pálido y el movimiento que agita sus hojas desde que sostuvo pendiente de sí el cuerpo del Señor. Las maderas más comunes en Palestina son el sicómoro, la palmera, el olivo, la encina y varias familias de coníferas. El haber permanecido enterrada la cruz varios siglos, sin que se pudriera ni alterara, hizo pensar si sería de cedro, que es madera incorruptible. El microscopio ha resuelto la cuestión; examinadas reliquias de la *Vera Cruz*, procedentes de la Catedral de Pisa, de Florencia, de Santa Cruz de Jerusalén, de Roma y de Nuestra Señora de París, de cuya autenticidad no cabe duda, se ha comprobado que la Cruz de Nuestro Señor era de pino. Sometiendo a idéntico examen las demás reliquias, podríamos tener en muchos casos una hermosa confirmación de su autenticidad. Por otra parte, las excavaciones hechas en las minas de Campiglia, y el puerto y acueductos de Cartago, en que se han encontrado perfectamente conservadas maderas de pino, casi de la misma época que la *Vera Cruz*, demuestran que el pino es bastante incorruptible para conservarse varios siglos debajo de la tierra.

El título.

Los judíos mandaban delante del reo un pregonero anunciando su nombre, su crimen y los testigos que contra él habían depuesto, por si alguien quería defenderlo todavía. Los romanos escribían con letras encarnadas ó negras sobre una tabla enyesada el nombre y la causa de la condenación del reo (*causam*

¿Qué ha visto la penitente de la hermosa Galilea? ¿por qué lo quemado ahora y lo que antes amó quemar?

Por las ciudades y campos va predicando el Profeta, Jesús el de Nazaret al pueblo la Buena Nueva.

Hay en sus divinos labios palabras de vida eterna, para la virtud aplausos, para el pecado anatemas,

A los humildes recibe, a los soberbios desprecia, la castidad es su amiga y su esposa la pobreza.

El pueblo ansioso de oírle sus templos y hogares deja, y le sigue hasta el desierto y en todas partes le asedia

Que su mirada es más dulce que el cielo en noche serena, y la salud y la vida hasta en su túnica lleva.

También oyó sus palabras arrobada Magdalena, y de entonces ha quedado en sus redes prisionera.

¡Ah! si antes al Nazareno hubiese escuchado ella, no hubiera perdido, no, de Virgen la diadema,

No hubiera bajado al lodo de la más triste miseria, y ese Hombre sublime y Santo en su amor la recibiera.

¡Pobrecilla! de sus ojos no osará ver la luz bella; Jesús es todo del cielo y ella... despreciable tierra.

Bastante será que le oiga confundida como sierva entre la turba de enfermos y de pobres que le cercan.

¡Ay! si el Médico divino como limpia de la lepra los cuerpos limpiara su alma y el ser perdido la diera.

Pero... ¿no miente su oído? ¿su imaginación no sueña? Jesús está predicando del mar en la amplia ribera.

Y dice a las muchedumbres que le oyen de gozo llenas que El es el Pastor que viene por las perdidas ovejas.

Es el Señor de la villa que llama en horas diversas y a todos sus operarios igualmente recompensa.

La historia conmovedora del hijo pródigo cuenta, y El es el padre que tiene tanto amor, tanta clemencia, que estrechará entre sus brazos y regalará su mesa a todos los pecadores que llamaren a sus puertas.

¿A todos? Sí, Dios lo dice; mujer, hasta las rameras y publicanos tendrán las puertas del cielo abiertas.

¿Qué dicha puede ella sola, ruin y descañada oveja, darle más contentamiento que noventa y nueve buenas.

Sólo necesita amarle, hacer mucha penitencia. ¿Amarle? ¿pues sin amor podrá vivir Magdalena?

Que den las flores perfumes y resplandor las estrellas; María dará su amor porque el amor es su esencia.

En tanto no halla su centro vaga errante la molécula; hasta descansar en Dios andan las almas inquietas.

Ya le ha encontrado María; seguirle placentera por los ríos y collados, por los montes y veredas.

No habrá dolor que no sufra ni obstáculo que no veza; ella se echará a sus pies como ante el Señor la sierva.

Los regará con sus lágrimas, Los ungirá con esencias y epurarálos humilde con su lengua cabellera.

Que la castigue su audacia, si quiere que la reprenda, pero que sepan las gentes el amor que la enajena.

Esto piensa, y recogiendo en rico vaso la esencia

echará retoños, dará frutos y se hará un cedro magnífico: los pájaros de toda especie reposarán sobre él y harán sus nidos a la sombra de sus ramas.» (Ezeq. XVII, 22, 23).

Aquel árbol, plantado sobre el Calvario, extiende ya sus ramas por todo el mundo. Ha dado y seguirá dando frutos de vida eterna.

La humanidad descansa tranquila bajo sus ramas. Bajo su protección nos pone la Iglesia cuando nacemos: bajo su sombra nos entierra cuando morimos: bajo la sombra bendita de la Cruz.

Agustín RODRÍGUEZ.

Magdalena.

«Sara, que se cierran luego de mi castillo las puertas, no quiero que entre desde hoy ni un solo amante por ellas.

Arroja al fuego mis galas, mis perfumes, mis presnas, bastante tiempo sirvieron de incontinuo a mis torpezas.

No me adreces el lecho, ni me prepares la mesa, ya no quiero más regalo que el pan de la penitencia.»

Así, llevando en su rostro, de un grande dolor las huellas, a su esclava cierto día hablaba la Magdalena.

de nardo y soltando al aire
de su cabello las trenzas,
Abandona su castillo,
y por las calles ligera
avanza, pensando el mundo
que está loca Magdalena.

S. ORTEGA MONTEALEGRE

La muerte sin cruz.

Grandes tristezas hallé
En unos ojos sin luz:
Pero otras más grandes sé,
Las de un corazón sin fe
Las de una muerte sin cruz.

Así es: si hay algo que pueda endulzar la amargura infinita de la muerte, es el árbol de la vida, el árbol de la cruz; así como, al contrario, si queréis ver un espectáculo de desolación, contemplad el lecho de un moribundo sin cruz.

I. Un día, en ese cuerpo tan seguro de sí mismo y que desafiaba al tiempo, se desgarró una pequeña fibra, vaciló.... El mal progreso, viene la ruina, el edificio se derrumba: hé ahí la hora y el término. El desgraciado ha perdido la ilusión de la vida, siente que todo se acaba para él, su pecho anhelante lucha en vano contra la opresión que le oprime, se siente morir. Es de noche, una de esas noches de insomnios tan sombrías y tan largas.... Todo está oscuro, todo silencioso en derredor, silencioso como una tumba.... Se ha amortiguado la luz que hay en su cámara, y hasta los mismos que le cuidan están retirados y no hacen ruido para no turbar su sueño que no llega; oye en la antecámara el zigzag monótono del reloj que señala la marcha del tiempo: cada golpe desgarró y se lleva consigo un pedazo de su vida, y queda ya de ella tampoco!.... En su espíritu desalentado surge de repente un pensamiento espantoso: Voy a morir, y después, ¡oh Dios mío!, después.... Y con ambas manos se agarra a la ropa de su lecho como quien se está ahogando y se agarra a los juncos de la ribera. Y mientras sus manos pugnan por asirse a las sábanas, su alma querría asirse a alguna cosa segura; pero no halla más que el vacío, y en el vacío se agita temblorosa, desesperada, loca de angustia.

Y todas las cuestiones eternas invaden su espíritu. Dios, la eternidad, el bien, el mal, la fe, la Iglesia, el Sacerdote, el remordimiento, el infierno; él no ha creído, no ha querido creer; se ha burlado de esas cuestiones como se burlaba, y hélas ahí en pie tomando cuerpo ante su vista; sus ojos, azorados, van de la una a la otra; siguen azorados aquella procesión de fantasmas.... Y el tiempo urge, pues la muerte ya está allí. Y después.... ¡Cómo se le huye la vida!; todo su trabajo, su fortuna, su renombre, su gloria, sus títulos, sus objetos queridos, su esposa, sus hijos, todo desaparece de su vista, todo se le escapa de las manos, todo está perdido; es preciso dejar allí todas aquellas cosas tan amadas y marcharse solo a la región de los muertos. La fiebre le abrasa: su duda, su horrible duda, le aprieta la garganta; los fantasmas que le preguntan se transforman en asquerosas y horribles larvas que despedazan sus miembros; quiere luchar y defenderse de ellas, y sus brazos quedan rígidos; quiere gritar socorro, y ya no hay voz en su garganta. Entonces se apodera de su alma la desesperación; su cuerpo se estremece, chocan, se aprietan y rechinan sus dientes; un frío sudor baña su frente pálida, se presenta la rigidez, y muere.

II. Juana de Arco, la pastorcita de Vaucouleurs, la defensora de los derechos y restauradora del trono francés, ha caído por fin en manos de los ingleses, quienes tras de infame é injusto juicio la condenan a ser quemada viva. El Rey de Francia, que le debía su trono, se divierte y descansaba, y á la vista de aquella ingratitud suprema la doncella no exhaló la más mínima queja, guardó un elocuente y sublime silencio. Se dirigió al lugar del suplicio con serenidad, rectitud y noble altivez. Delante de ella se llevaba un cartelón escrito que decía: «Juana, que se hace llamar la doncella, mentirosa, dañina, seductora del pueblo, agorera, blasfema contra Dios, incrédula en los misterios de la fe, jactanciosa, idólatra, cruel, disoluta, apóstata, hereje y cismática.» Ella sonreía. La levantaron y colocaron sobre el

cadalso y la ataron fuertemente al palo. Y entonces, en aquel supremo instante, pensó la joven en la vida, hubo algún sobresalto en aquella pobre alma, algún doloroso recuerdo de aquel Vaucouleurs, donde había sido tan feliz pastoreando sus ovejuelas, escuchando los dulces trinos de los pajaritos, recibiendo los confortantes rayos de aquel sol hermoso, á quien ella tanto amaba y al que no volvería á ver más. ¡Pobre jovencita, morir á los veinte años! Sintió que su corazón fallecía. Se le escaparon las lágrimas, bajó la cabeza y se puso á sollozar. Su confesor levantó la cruz delante de ella, y ella, con energía, irguió la cabeza, fijó en el Crucifijo sus negros ojos y se secaron sus lágrimas. La llama, chisporroteando, subía con bocanadas sofocantes; de pronto estalló y envolvió á la virgen entre sus rojizas llamaradas como un manto de púrpura.

J. L.

Joyas de ingenio.

Fuerza de las lágrimas.

Con ánimo de hablarle en confianza de su piedad, entré en el templo un día, donde Cristo en la Cruz reaparecía con el perdón, que quien le mira alcanza.



Nuestra Señora de los Dolores.

Y aunque la fe, el amor y la esperanza á la lengua pusieron osadía, acordéme que fué por culpa mía, y quisiera de mí tomar venganza.

Ya me volvía sin decirle nada, y como ví la llaga del Costado, paróse el alma en lágrimas bañada.

Hablé, lloré y entré por aquel lado, porque no tiene Dios puerta cerrada al corazón contrito y humillado.

LOPE DE VEGA.

Rápida.

En las grandes borrascas de la vida, ¡cuántas veces pensaba, que me iba á fondo ya, que naufragaba porque estaba la nave medio hundida!

Y cuando de repente se disipó el nublado, ¡cuántas veces ví á Dios junto á mi lado diciéndome tranquilo y sonriente:

«Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?»

LUIS RAM DE VIG,
Barón de Hervés.

La oración.

Sólo dos cosas al Señor le pido y ellas dos que me bastan bien lo siento: que me deje vivir en su presencia de amor raudales sin cesar bebiendo, y acercarme al altar todos los días para comer de su sagrado cuerpo.

M. DE SANTA CATALINA.

El gran libro.

Para elevar á Dios el pensamiento y admirar su poder en los espacios, no es necesario un mar siempre violento ni un sol que vierta lumbre de topacios. Basta fijar la vista en el lucero

pálido y triste que en la noche arde, y escuchar el quejido lastimero del ave errante al espirar la tarde.

Basta el rocío que en las hojas brilla, y que el rayo del sol pronto evapora; basta del río en la desierta orilla, mirar el sauce que se inclina y llora.

Basta la hierba en el vergel nacida; basta un arroyo que fecunde el suelo; una espiga de trigo bendecida, un pedazo de selva, otro de cielo.

La natura es el libro en que se admira la grandeza de Dios, do se halla escrito ese poema que al mortal inspira el himno arrobador al infinito.

Y en el manto flotante de los cielos que Dios tendiera con su excelsa mano, se refleja, sin límites ni velos, y en una gota como en un océano.

MARTÍN GARCÍA MARQUÉ.

El ransuelo.

Colgado está el Crucifijo en la alcoba solitaria; la Virgen Madre me alienta con su amorosa mirada; muchas son mis agonías; grande el silencio del alma; todos se han ido: ya pueden correr tranquilas mis lágrimas; ya he sufrido un día más; ¡gracias, padre mío, gracias! ya puedo hablar de rodillas

con el ángel de mi guarda, y decirle que he probado en el cáliz de mis ansias una gota solamente de aquella bebida amarga que Tú quisiste apurar, por la salud de mi alma; en aquel huerto tan triste, aquella noche tan larga!

LUIS RAM DE VIG.

El ataje de la vida.

Pasajero que vienes caminando por esta senda de la humana vida, mira que es venta el mundo, no te pila que estés más de lo justo descansando.

No pierdas tu jornada, ve marchando, goza de paso el sueño y la comida, que en el cielo, do tienes tu manida, podrás de asiento estarte regalando.

En llegando á una cruz, ella te adiestra á qué mano has de echar, si bien te acuerdas, no pises del deleite el verde prado, que es camino derecho de la muerte; y es fuerza, si le sigues, que te pierdas, y, tras perderte, llegarás cansado.

P. SIBUENZA.

Sección religiosa.

Cuarenta Horas.—Mes de Abril.—Días 11 y 12, Iglesia de Santa María Magdalena, y 13 y 14, Iglesia de Santo Tomás Apóstol.—Se Expone á las diez de la mañana y se Reserva á las cuatro de la tarde.

Santa Iglesia Catedral.—El Jueves Santo, á las ocho y media de la mañana, Divinos Oficios; á las nueve, Consagración de los Santos Oleos, por el Ilmo. Sr. Obispo. Por la tarde, á las dos y media, Ser-

món de Mandato, predicado por D. Francisco Frutos Valiente; inmediatamente después del Lavatorio, Divinos Oficios de la tarde á las cuatro y media, terminando con el Miserere cantado, que será á las siete.

El Viernes Santo, á las ocho y media de la mañana, Divinos Oficios; á las diez, Sermón de Pasión, predicado por D. Timoteo Celada. Por la tarde, á las dos, Sermón de las Tres Horas, que predicará don Carlos Ancos, y á las cuatro y media los Divinos Oficios.

El Sábado Santo, por la mañana á las ocho, Oficios.

El domingo, á las nueve, Divinos Oficios, Misa á gran orquesta y Bendición Papal.

El lunes, en la Misa Mayor, también habrá Sermón, predicado por D. Antonio Alvaro Ballano.

Iglesia de Padres Carmelitas.—Todos los días á las cinco, y desde las seis y media á las ocho y media, Misa rezada.

El Jueves Santo, á las nueve y media, Misa y Oficios. Por la tarde, á las tres, Lavatorio y Sermón del Mandato, que predicará un Padre Carmelita.

El Viernes Santo, á las seis de la mañana, Vía Crucis cantado. A las ocho los Oficios y Adoración de la Santa Cruz.

El Jueves y Viernes Santos, á las seis de la tarde, Maitines cantados ó *Tinieblas*.

El Sábado Santo, á las seis y media, los Oficios y Misa de Gloria. Por la tarde, á las seis, Salve solemne y Visita á la Santísima Virgen del Carmen.

El Domingo de Pascua, á las tres y media de la mañana, solemnes Maitines cantados; á las cinco, Misa y Procesión con el Santísimo Sacramento; á las nueve y media, Misa. Por la tarde, á las cinco y media, Ejercicio del segundo domingo del Santo Escapulario, Sermón, que predicará el R. P. Balbino del Carmelo, y Procesión de costumbre.

El lunes de Pascua, á las cinco y media de la tarde, Rosario, Plática y Bendición Papal, que dará un Padre Carmelita.

Oratorio de San Felipe Neri.—El Viernes Santo, á las tres y media de la tarde, se hará el Ejercicio del Santo Vía Crucis.

Los viernes también se hará dicho Ejercicio al toque de las Oraciones.

El domingo de Pascua, á las diez y media, se celebrará la Misa de la Congregación de San Luis Gonzaga.

Iglesia de los Padres de la Compañía de Jesús.—El Jueves Santo, á las ocho de la mañana, Misa de Comunión para los señores que hayan practicado los Ejercicios de San Ignacio de Loyola. A las nueve, Misa solemne.

El Viernes Santo, á las siete, los Oficios. Por la tarde, á las Oraciones, se rezará la Corona Dolorosa, y en seguida Sermón, que predicará D. Calixto Rubio y Aparicio.

El Sábado Santo, á las siete, los Oficios. Por la tarde, á las cuatro y media, Corona Dolorosa, Sermón, que predicará D. Agustín Rodríguez y Rodríguez, Coronación de la Imagen de Nuestra Señora, terminando con la Procesión y *Regina Celi*.

Iglesia de Santa María Magdalena.—El Jueves Santo, á las cinco, se celebrará la Procesión organizada por la Ilustre Congregación de la Santa Vera Cruz, recorriendo las calles de costumbre.

Parroquia de San Nicolás.—El Viernes Santo, á las siete y media de la noche, Sermón de Soledad, que predicará el R. P. Sinfiriano Fernández.

Parroquia Muzárabe de Santas Justa y Rufina.—El Viernes Santo, á las cuatro y media, saldrá en Procesión el Santo Entierro por las calles de años anteriores, y á su regreso, predicará la Soledad de Nuestra Señora, D. Ramón Molina y Nieto.

Parroquia de Santa Leocadia.—Solemnes cultos y Novena en honor de Nuestra Señora de la Salud, dando principio el día 12 del presente. Todos los días, á las nueve de la mañana, Misa cantada, leyéndose á continuación la Novena. Por la tarde, á las seis, se expone á Su Divina Majestad, se rezará la Estación, seguirá el Sermón, luego la Novena, Gozos, Santo Dios, Reserva y Salve. Predicará el día 12, D. Ricardo Sánchez Hidalgo; el 14, D. Calixto Rubio y Aparicio; el 15, D. Juan Pablo López y López; el 16, D. Gabino Marqués y Camacho, y el 17, don Manuel Muñoz de Morales.

El día 18, á las diez de la mañana, se celebrará la fiesta principal, en la que será orador D. Ramón Molina y Nieto, y por la tarde, á las cuatro y media, se sacará en procesión á Nuestra Señora por la carrera de costumbre, cantándose á su regreso la Salve.

Todos los días habrá Misas rezadas á las seis y á las doce de la mañana, y por la tarde, al toque de Oraciones, se rezará el Santo Rosario.

Iglesia de Santa Tomás Apóstol.—El domingo de Resurrección, á las diez de la mañana, función á Nuestra Señora del Monte-Sión, en la que será orador D. Manuel Muñoz de Morales, Párroco de dicha Iglesia.

Convento de Gaitanas.—La hora de Exponer á Su Divina Majestad durante el presente mes será á las tres y media, y la de Reservar á las cinco y media de la tarde.

El día 11, á las siete de la mañana, tendrá la Adoración y Vela al Santísimo Sacramento la Comunidad general.